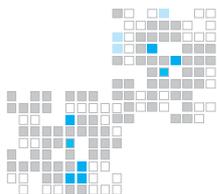


LOS ESTUDIOS SOCIOCULTURALES Y LA COMUNICACIÓN: UN MAPA DESPLAZADO



Florencia Saintout

- Doctora en Ciencias Sociales (FLACSO). Profesora/ investigadora de la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata. Coordinadora del Grupo de Trabajo de Alaic Estudios Socioculturales y Comunicación. Publicaciones: "Jóvenes: el futuro llegó hace rato", Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP, Buenos Aires, 2006. "¿Y la recepción?, Balance crítico de los estudios sobre el público" (Ediciones CICUS, La Crujía), Coordinadora junto a Ferrante, Natalia, 2005. "Abrir la comunicación, tradición y movimiento en el campo académico", Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP, Buenos Aires, 2004. "Los estudios de recepción en América Latina", Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, Buenos Aires, 2003. Directora de la Revista académica "Oficios Terrestres" (FPyCS, UNLP).
- E-mail: florenciasaintout@yahoo.com.ar



RESUMEN

Este artículo presenta un recorrido crítico por los llamados estudios socioculturales en América Latina en los últimos años con el objeto de dar cuenta de la configuración histórica de un desarrollo que el GT estudios socioculturales y comunicación de ALAIC ha asumido y promovido. La comunicación desde la cultura tiene en la región una larga historia y es así como en los entrados años noventa presenta: a) una definición de objetos y estrategias de conocimiento acordes con el desarrollo internacional; b) investigadores ubicados en el campo; c) inclusión de la problemática cultural/comunicacional como dimensión clave en las investigaciones de sociología y política urbana. El presente artículo aborda estas tres dimensiones del campo.

PALABRAS CLAVE: ALAIC; GT; ESTUDIOS SOCIOCULTURALES Y COMUNICACIÓN; AMÉRICA LATINA.

ABSTRACT

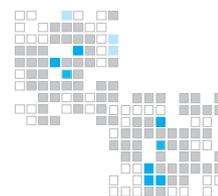
This article examines the socio-cultural studies in Latin America in recent years. The purpose is to identify how they have developed under the wing of the ALAIC Socio-cultural and Communications Studies working group. From a cultural perspective, communication in the continent enjoys an extensive history to cover, in the late 1990s: a) a definition of objects and knowledge strategies according to international development; b) establishment of researchers in the field; c) incorporation of cultural/communicational issue as a key dimension in sociology and urban politics studies, all of which are reviewed in the present article.

KEYWORDS: CULTURAL STUDIES; LATIN AMERICA; COMMUNICATIONS.

RESUMO

Este artigo apresenta um percurso crítico pelos chamados estudos socioculturais na América Latina nos últimos anos. O objetivo é dar conta da configuração histórica do desenvolvimento que o GT Estudos Socioculturais e Comunicação da ALAIC assumiu e promoveu. A comunicação desde a cultura tem na região uma extensa história e é assim apresentada nos anos 1990: a) uma definição de objetos e estratégias de conhecimento em acordo com o desenvolvimento internacional; b) pesquisadores localizados no campo; c) inclusão da problemática cultural/comunicacional como dimensão-chave nas investigações de sociologia e política urbana. O presente artigo aborda estas três dimensões do campo.

PALAVRAS-CHAVE: ALAIC; GT; ESTUDOS SOCIOCULTURAIS E COMUNICAÇÃO; AMÉRICA LATINA.



En la década del ochenta podemos hablar (en el marco de la incipiente institucionalización del campo de la comunicación en la región) de la existencia de unos estudios socio culturales en América Latina.

No es que previamente no hubieran existido problematizaciones en torno a la cultura que se plantearan el objetivo de ir más allá de una mirada economicista, pero es para esta época que la comunicación se ubica dentro de un campo particular como es el de los estudios culturales. Tan es así que entrados los años noventa tenemos: a) una definición de objetos y estrategias de conocimiento acordes con el desarrollo internacional; b) investigadores ubicados en el campo; c) inclusión de la problemática cultural/comunicacional como dimensión clave en las investigaciones de sociología y política urbana.

Como coordinadora del grupo de estudios socioculturales y comunicación de Alaic, me interesa en este artículo desarrollar una mirada crítica por el recorrido que ha tenido esta línea de trabajo en los últimos años y pensar desde allí una posible agenda futura.

Perspectiva

El campo de los llamados estudios culturales tiene fronteras difusas y desarrollos muy diversos, pero desde la comunicación en América Latina puede ser recorrido a partir de un desplazamiento enunciado alrededor de la década del ochenta: de los medios o los instrumentos a la cultura, que permite a la comunicación “salirse” de la pregunta por lo que había sido su objeto prioritario, los medios masivos con sus efectos, para concentrarse en los modos de darle sentido a la vida de los actores sociales. Que se sitúa sobre una mirada específica que es aquella que la liga a los procesos sociohistóricos de construcción de sentido, articulando comunicación, cultura y sociedad. La comunicación tiene que ver así con modos de estar juntos que implican unos sentidos específicos

del mundo pero sobre plataformas materiales e históricas determinadas: se reubica en las transformaciones de la vida cotidiana, de los modos de sentir, de ver, de conocer, de congregarse.

Sintetizando podemos decir que la mirada que liga a los estudios culturales con el campo de la comunicación en América Latina, habilita una nueva forma de abordar la comunicación que efectúa los siguientes movimientos:

a) De la comunicación como asunto de instrumentos a la comunicación como cuestión de cultura; de luchas por la nominación del sentido legítimo del mundo; como asunto de percepciones y sensibilidades.

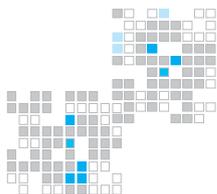
b) De la comunicación como cuestión de poder a la comunicación como puesta en común; de la dominación como imposición a la dominación como proceso de comunicación.

c) De la comunicación como problema exclusivamente de reproducción, de aparatos y estructuras, a la comunicación como cuestión también de producción y subjetividades.

Estos desplazamientos se van a dar claramente en el contexto de la llamada crisis de las ciencias sociales, o crisis de la modernidad misma (tematizada desde los debates modernidad/posmodernidad, y modernidad/modernidades), en el marco también de un fuerte corrimiento de las diferentes esferas de la vida hacia el mercado, y particularmente en América Latina en un momento histórico de derrotas (S) de la política. Y este contexto va a influir profundamente sobre los temas, objetos, y prácticas del pensamiento y la investigación.

Comunicación/cultura

Alrededor de los años ochenta, se hizo explícito en el campo de la comunicación latinoamericana un proyecto: pensar la comunicación desde la cultura; asumir que, al hablar de comunicación era insoslayable la pregunta por los modos de construcción social del sentido. La Y (comunicación y cultura) fue reemplazada por la barra (co-



municación / cultura), lo que significó pensar la imposibilidad de un tratamiento por separado de ambos territorios (Shmucler, 1984). Este desplazamiento, como decíamos, se dio en medio de la denominada crisis de paradigmas en las ciencias sociales y en un contexto de retorno de las democracias, luego de la profunda ruptura política y epistemológica en la investigación social provocada por las dictaduras militares.

La comunicación dejó de ser una cuestión de técnica, de medios como instrumentos, para transformarse en dimensión constitutiva de las prácticas sociales. Pero también la noción de la cultura se entendió desde un desplazamiento o desbloqueo: no como mera reproducción, reflejo de las condiciones materiales de existencia, sino también como producción y recreación social del sentido. La cultura como esfera que unifica las esferas de la producción (la economía) y de las relaciones sociales (la política). Como el terreno donde se lucha por la hegemonía, es decir, por el poder de nombrar legítimamente las visiones y divisiones del mundo.

Ubicar la comunicación en la cultura de la mano de las sospechas de la modernidad y de los relatos que la explicaban se conjugó, además, con otros dos movimientos centrales. Por un lado, con la crítica del poder, que permitió conceptualizarlo como relación y no sólo como imposición, relocalizando su problematización en la vida cotidiana. Esto dio lugar a la pregunta por la resistencia, por las tácticas del débil para reinventar los órdenes dominantes. Por otro lado, el movimiento de la comunicación hacia la cultura se dio en medio de una crítica profunda al estructuralismo como paradigma hegemónico de interpretación de lo social, que anunciaba el “renacimiento de las emociones”, de la subjetividad largamente excluida por las epistemes dominantes.

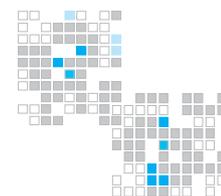
En este enfoque la cultura no es sólo reflejo de relaciones materiales –comunicación/sociedad– o dimensión simbólica aislada de la conflicti-

vidad histórica –cultura/naturaleza–. La cultura se entiende como dimensión significativa de lo social, como arena de lucha por los sentidos legítimos que una comunidad da al mundo en que vive. Tiene entonces una doble dimensión: por un lado, como creación e innovación en las prácticas sociales; por otro, como terreno de dominación y reproducción.

Al cambiar las miradas, aparecieron nuevas referencias para la investigación incorporándose una compleja red de vertientes teórico-metodológicas que fue constituyendo nuevos objetos de estudio: la llamada reflexión posmoderna, la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, las tácticas de la invención de Michell de Certeau, la Escuela de Constanza desde la crítica literaria, ciertas reflexiones del feminismo... en fin, toda una bibliografía que permitió enunciar una ruptura con lo que se nombraba como los planteos mecanicistas y deterministas anteriores, ligados la mayor parte de las veces al estructural funcionalismo o a ciertas corrientes marxistas. Y cabe destacar que entre las vertientes que nutrieron las nuevas perspectivas, están también los llamados estudios culturales de Birmingham. En este contexto, los investigadores en comunicación latinoamericanos se “encuentran” con los trabajos de Cultural studies de Birmingham¹: en primer lugar, con las investigaciones de Richard Hoggart, de Edward Thompson, de Raymond Williams, de Stuart Hall; para luego incorporar las investigaciones de aquellos que Mattelart y Neveu situarán como terceras generaciones de los Cultural Studies².

1 No es que antes no se hubieran trabajado las reflexiones de Birmingham. Ya en la Argentina, por ejemplo, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, a través de la revista Punto de Vista, habían incorporado las lecturas de Raymond Williams y de Richard Hoggart, especialmente. Pero estas lecturas se habían hecho más en relación con la sociología de la literatura que con la problematización de la comunicación. Hay que mencionar la temprana incorporación de Hoggart a través de Jaime Rest

2 En este sentido es importante el aporte de Aníbal Ford a través de la colección por él dirigida en Amorrortu: Biblioteca de Comunicación, cultura y medios.



Apropiaciones en América Latina

Los llamados estudios culturales significaron herramientas básicas para pensar los medios como configuraciones culturales históricas, y la cultura, como aquello que designa la dimensión simbólica presente en todas las prácticas, afirmando su imbricación en lo económico y social, a la vez que creándose la posibilidad analítica de distinguirla.

Pero contrariamente a lo que plantean ciertas formas escolarizadas de enseñanza de la comunicación, este encuentro de los investigadores latinoamericanos con otras tradiciones no se hizo desde la nada, no se dio en el vacío, sino que se inscribió en una larga tradición de pensamiento que sobre la relación cultura / sociedad se venía trabajando en nuestro continente. A la hora de la “incorporación institucional” de los Cultural studies, ya se trabajaba especialmente un aspecto clave desde esta perspectiva que tenía que ver con la problematización de las cultural populares (casi siempre bajo la forma de “lo popular”, “el pueblo”, las “clases dominadas”) en relación con la desigualdad y la diferencia hacedoras de lo social. Desde aquí se habían formulado muchas de las preguntas con respecto a las industrias culturales y existía un grupo de intelectuales que venía problematizando la lectura de las mismas desde una matriz cultural popular negada por las culturas dominantes, pero donde también se escondía un plus que abría la posibilidad de resistencia y transformación. Y quizás por eso también el encuentro fue tan rico (Ford, Rivera, Romano, 1985).

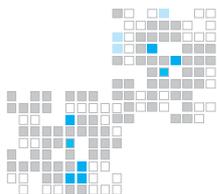
Luego del 11 de septiembre

Ha habido innumerables críticas a la inscripción de la comunicación en el territorio de los estudios culturales. Las más sólidas tuvieron que ver fundamentalmente con una utilización de corte culturalista, donde las dimensiones del poder se desdibujan, apareciendo la idea de que

los sentidos flotan en el aire sin ningún tipo de constricción material; donde las desigualdades son sólo diferencias desprendidas de todo tipo de anclaje histórico. Mucho se debe asociar esta condición al contexto neoliberal de producción y circulación de los saberes en las últimas décadas, al cual en ocasiones los estudios culturales han sido perfectamente funcionales. A esta crítica, la más fuerte políticamente, se ha sumado la de la incorporación de los estudios culturales como moda, sin la necesaria reflexión epistemológica: la denuncia de la utilización de la etnografía como receta salvadora de toda situación de investigación; la crítica a la ubicación bajo el “rubro” de Cultural studies de una diversidad enorme de tradiciones teóricas, muchas de las cuales, incluso, se contraponen entre sí; la sospecha de una carencia en la investigación empírica, etcétera.

Pero, más allá de las críticas o justamente porque fueron posibles estas críticas (la flexibilidad sobre lo hecho es una de las condiciones vitales para la producción de conocimiento), podemos decir que en América Latina se han dado también usos absolutamente creativos de los Estudios culturales. Si como escribe Morley, “el lugar que ocupan y la importancia que adquieren los Cultural studies varían de un contexto a otro, y se los debe vincular al carácter específico de formas locales de discurso político e intelectual en tanto cultura” (Morley, 1996), en América Latina no sólo se rompió con una posible lectura ortodoxa o doctrinal, sino que se produjeron planteamientos históricos / territoriales de la cultura.

En este sentido, cabe mencionar los trabajos de Jesús Martín-Barbero, donde se pregunta por la emergencia de lo popular en la cultura masiva de la modernidad latinoamericana, y de Néstor García Canclini sobre los modos complejos de existir de las culturas populares en el capitalismo. O las investigaciones sobre culturas



urbanas llevadas adelante por Rossana Reguillo. Como también debemos nombrar el profundo análisis de las culturas contemporáneas de Aníbal Ford, los estudios de recepción realizados por Guillermo Orozco Gómez, la propuesta de los Frentes Culturales de Jorge González, la problematización de la cultura global desarrollada por Renato Ortiz, los trabajos sobre culturas populares de Pablo Alabarces.

La lista, incompleta, podría multiplicarse hasta al infinito, desafiando la idea de que para “muestra basta un botón”. Pero lo que aquí importa es señalar cómo es que no sólo hubo en América Latina un reconocimiento de los estudios culturales sino que logró hacerse también una reapropiación original de las herramientas teórico-metodológicas por ellos planteadas. Tanto es así que para fines de los noventa tenemos en el campo de la comunicación que no sólo hay también un gran número de investigaciones empíricas con claras definiciones de objetos de estudio, encaradas desde la problemática cultural como dimensión específica, sino que hay un reconocimiento internacional de una perspectiva latinoamericana al respecto. “Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que estábamos dejando de ser invitados a Europa o a los Estados Unidos como “informantes nativos” de las exóticas prácticas comunicacionales latinoamericanas para pasar a ser colegas que debaten con los del primer mundo como contemporáneos, aunque cada cual desde su territorio”³.

Sin embargo, es necesario decir que si el surgimiento de los estudios culturales es inseparable

3 Martín-Barbero, Jesús: “Aventuras de un cartógrafo mestizo en el campo de la comunicación”, ponencia presentada en el Encuentro de Comunicación, Cartagena de Indias, 1999, p.11 La mejor prueba de esto la dio el Encuentro organizado por Philip Schlesiger en Sterling, Escocia, en noviembre de 1996, cuyo objetivo fue el debate de los trabajos sobre comunicación y cultura latinoamericanos, donde como comentaristas estuvieron intelectuales de la talla de Stuart Hall, Marjorie Ferguson y Helge Roning.

de un contexto de emergencia ligado a la ruptura (no desaparición) de las estructuras que por años habían cohesionado el sentido social, y que nos animaríamos a plantear, tiene como emblema la caída del muro de Berlín (y su “venta en pedacitos”, claro está), la producción académica de los estudios culturales en la actualidad no puede soslayar su relación con el neoliberalismo triunfante y un contexto de hiper profundización del riesgo y sus respuestas autoritarias, reforzadas absolutamente luego del 11 de septiembre. Y espe-

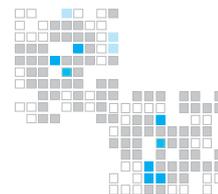
La comunicación dejó de ser una cuestión de técnica, de medios como instrumentos, para transformarse en dimensión constitutiva de las prácticas sociales.

cialmente en nuestra región (como producto de treinta años de políticas neoliberales con efectos de exclusión y polarización) no puede dejar de ver un contexto que no es sólo de incertidumbre sino también de precariedad y vulnerabilidad social, donde la cultura pareciera no alcanzar, o alcanzar muy poco para resistir o crear lo político.

Agendas

He dicho que los estudios culturales son impenables en América Latina si no es desde el marco de una gran crisis alrededor de la década del ochenta. Pero a medida que va avanzando la década del noventa, de la mano de fuertes transformaciones estructurales y de la mano también de la influencia de la academia norteamericana, los estudios culturales van a ir asumiendo cada vez más una mirada “post” atenta a los desarrollos de mercado. En este contexto, el 2001 plantea nuevos desafíos para las agendas de investigación.

Si tomamos el 2001 (el 11 de septiembre, el diciembre de 2001 en Argentina) como punto de inflexión a un orden de mundo en el que de alguna manera se había aceptado que “ha muerto



En la últimas décadas el pensamiento social, y particularmente los llamados estudios culturales, han celebrado el fin de las totalidades, de la gran historia, y su reemplazo por las historias mínimas.

la historia”, y que entonces el único orden posible es el existente, podemos pensar que a partir de ese momento algunas de los acuerdos que habían circulado con fuerza en el pensamiento social, y particularmente en el espacio de los estudios culturales, demandan un cuestionamiento.

Básicamente, me refiero a los siguientes puntos:

- a) La hegemonía de las historias mínimas, anclada en la suposición de que el sujeto se ha desprendido de todo tipo de dimensión estructural.
- b) El enflaquecimiento de la problematización del poder, anclado en la idea de que el poder ha dejado de ser demoníaco y material para ser fluido, ambulante, creativo y subjetivo, alimentando el abandono de la dimensión de clase para el análisis y comprensión de la cultura.
- c) La celebración de la resistencia de los débiles en sí misma que presupone el abandono de la subalternidad. La aceptación acrítica de que nuestras sociedades son sociedades de audiencias entendidas a partir de la lógica del consumo, sostenida en la naturalización de que el único orden posible es el del capitalismo de mercado.

La hegemonía de las historias mínimas

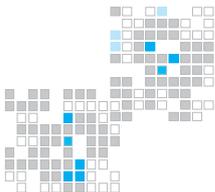
En la últimas décadas el pensamiento social, y particularmente los llamados estudios culturales, han celebrado el fin de las totalidades, de la gran Historia, y su reemplazo por las historias mínimas. Las teorías de la multiculturalidad, de los fragmentos al infinito han sido resaltadas una y otra vez para describir los nuevos estatutos del mundo contemporáneo que se relamen en lo que Gruner (Gruner, 1998) ha llamado la “fetichización de los particularismos”: fragmentos que se juegan en sí mismos, sin ninguna referencia a marcos más amplios.

Sin embargo, cuando el mundo se divide “entre el bien y el mal”, cuando aparecen con contundencia las leyes del mercado como espacios totalizantes de las relaciones sociales, es que se hace necesario recordar que no existe el fragmentos si no es en relación a un universal.

No hay particularidad que por definición no se oponga a alguna forma de universalidad, esencial o históricamente construida. Y no hay pensamiento crítico posible y eficaz que no empiece por interrogar las tensiones entre la particularidad y la universalidad que son, después de todo, las que definen a una cultura como tal en la era de la globalización. (Gruner, 1998).

Algunos han dicho de manera irónica que nunca existió un relato más grande que el de la muerte de los grandes relatos. Si en las últimas décadas los estudios culturales han asumido que estábamos ante el mundo de las pequeñas historias, las otredades des/sujetadas, y la fiesta de los fragmentos, lo cierto es que si el espacio social no puede existir en el vacío, todas estas “pequeñas historias” han existido en el marco de la absoluta presencia de un capitalismo que no ha muerto ni desaparecido más allá de la desaparición sí de las estrategias de su análisis y/o denuncia. Y también es cierto que ha habido una tendencia en los estudios culturales a renunciar a pensar las articulaciones histórico-sociales o político-económicas con las dimensiones culturales. Que han pecado de un cierto culturalismo de los fragmentos.

Es así que una dimensión importantísima de las nuevas agendas tendrá que estar ligada a la problematización de los particularismos y sus articulaciones con las dimensiones estructurarles del capitalismo tardío.



Poder

Las ideas de la microcapilaridad del poder ligadas a su reubicaciones en la vida cotidiana y en su no exterioridad a la subjetividad fueron claves en el campo de la comunicación y los estudios culturales. Pensar el poder como relación de comunicación abrió inmensas posibilidades de investigación: las audiencias, los llamados nuevos movimientos sociales, las resistencias ligadas a las reivindicaciones étnicas, de género...en fin, una serie inmensa de problemáticas a las cuales este giro epistemológico dio lugar.

Pero cabe decir que la ruptura en el orden del conocimiento ha sido también política. La exaltación de las micro luchas ha venido de la mano de la ausencia de problematización, como decía en párrafos anteriores, de la existencia de una totalidad (no una totalidad cerrada, sino, a la manera en que han pensado Marx y Freud, por ejemplo, como una totalidad incompleta aparentemente cerrada) capitalista. Y como si esto fuera poco, cada una de estas micro disidencias han sido pensadas en sí mismas sin la pregunta por su articulación con otras luchas dentro del espacio social. Es así, que por ejemplo, las capacidades de crítica, de resistencia de las audiencias han sido construidas al margen de su relación con un sistema social estructurado, pero además, al margen de las resistencias llamadas de género, o de etnia, y ni qué hablar de la articulación con una dimensión de clase. En lugar de ver las resistencias de las audiencias como complementarias de otras resistencias o luchas, de habla de unas en reemplazo de las otras. Vuelve a decir Gruner:

Mientras tanto se pierde de vista el lugar constitutivo (es decir estructural, es decir, cómo no totalizador) que sigue teniendo para el sistema la diferencia entre propiedad y no propiedad de los medios de producción, la producción de plusvalía y la reproducción de esas relaciones que se estiman como desaparecidas (Gruner, 2008, p.40).

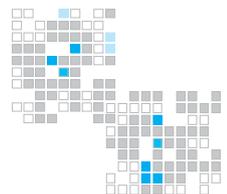
Por otro lado, es también necesario decir que la apertura hacia una idea de un poder que crea, que ya no es demoníaco (y no solamente crea, sino que incluso se habla de una erótica del poder) posibilita preguntas novedosas e interesantes. Pensar el poder no en su dimensión represiva sino constitutiva de legitimidad, productiva de conocimiento que legitima la dominación abre un extraordinario campo de indagaciones para una teoría crítica de la cultura. Pero al mismo tiempo, también, banaliza la crítica del poder, “culturiza” el poder, y le imprime un sello de olvido.

No quiero decir que esto ya está en las nuevas teorías en torno al poder, pero estas son irrescindibles de las condiciones históricas de su recepción.

Luego del 2001, luego de que se hicieran visibles, por ejemplo en la Argentina, las consecuencias nefastas de los modelos políticos y económicos implementados en la región basados en la celebración del orden neoliberal existente como un orden casi natural, es muy complicado para la acción política, pero específicamente para la mirada epistemológica, no ejercer una crítica del poder que no desande muchas de las rupturas pero que se detenga en la fuerza arrolladora de unos poderes que no están sólo en los microscópicos deseos de la vida cotidiana sino en grandes relaciones estructuradas históricamente. Tal vez sea necesario volver a poner en la agenda de investigación el escándalo de las ignominiosas consecuencias de unas relaciones de poder profundamente desiguales que no circulan todo el tiempo, de las que no se puede entrar y salir cuando a uno de se le da la gana..

Lo popular

En el año 1983 se realiza el II Seminario sobre culturas populares de la comisión de comunicación de CLACSO. En este seminario un importante grupo de intelectuales de América Latina se pregunta si es que los nuevos sectores subalternos tienen una cultura, una mirada propia del mundo. Esta es una pregunta posible de ser



realizada en un contexto donde en poco tiempo ha habido profundas transformaciones tanto en un nivel socioeconómico (expansión de mercado e incorporación de nuevos sectores populares al consumo; creación de villas o favelas con industrialización acelerada); social (complejización del conflicto campo/ciudad); político (crisis de la política partidaria y revalorización de las articulaciones y mediaciones de la sociedad civil, sentido social y cultural de los conflictos, reconocimiento de formas de participación colectivas no encuadradas en lo partidario, desdibujamiento del movimiento obrero) . Pero además es una pregunta que claramente está marcada por el aumento de la brecha sociocultural.

Es así que una de las claves de indagación tendrá que ver con la valorización de formas de resistencia, de supervivencia de la memoria en la vida cotidiana de los sectores populares para enfrentar las condiciones de adversidad del nuevo contexto. Lo popular será comprendido como sujeto de producción de cultura, pero no de cualquier cultura, sino fundamentalmente de aquella que le permite resistir los embates en la vida cotidiana de una modernidad excluyente. A partir de allí, el campo de los estudios culturales desarrollará toda una serie de trabajos que resalten la capacidad de invención, de réplica de los sectores subalternos.

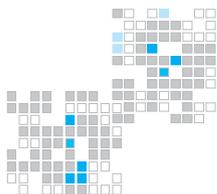
Estos estudios, influenciados básicamente por las relecturas de Antonio Gramsci, de Michell de Certeau, de Bajtin, de Carlo Guinzburg, incluso en la Argentina por trabajos previos ligados a la pregunta por el peronismo⁴ aportarán una enorme riqueza especulativa y empírica al campo. Pero a medida que los efectos sociales del modelo po-

lítico/económico neoliberal se vayan sintiendo el gesto de nombrar el desvío o la resistencia empieza a pensarse en sí mismo, como si fuera posible de ser indagado por fuera de las estructuras de dominación. Esto, en los estudios culturales y la comunicación, repondrá un objeto: la recepción. Es decir, que se llevará a cabo el desplazamiento de la pregunta política por la cultura de los sectores subalternos (y su capacidad o no de resistencia) a la pregunta por la recepción. Una recepción construida a partir de un desprendimiento tal de las condiciones estructurales que se cierra sobre sí: ¿lectura de qué? , es decir: ¿desde qué condiciones estructurales? ¿con quiénes? ¿para qué? son preguntas ausentes en los llamados estudios de recepción más allá de honrosas excepciones.

Pero además, gran parte de la intelectualidad también va asumiendo que el lugar que le toca es el del experto, el del técnico, que el lugar del crítico, de aquel que piensa a contrapelo es un lugar en extinción.

Es así que en el campo de la comunicación rápidamente van desapareciendo de la agenda las problemáticas de la subalternidad y la resistencia, o la posibilidad de la contrahegemonía. Los subalternos se “transforman” en consumidores y la cultura popular se diluye en perspectivas que, más allá de sus autores, son utilizadas para pensar más el consenso y la conciliación que los antagonismos y el conflicto. Si los primeros planteos posdictaduras en torno a lo popular estaban marcados por una necesidad de repensar lo político (bajo otras condiciones, desde la derrota), estas nuevas teorías de recepción y consumo acentúan la perspectiva de la adaptabilidad al sistema hegemónico.

4 No hay que olvidarse de que en Argentina la problematización de la comunicación desde los públicos y la cultura es trabajada antes del golpe de estado de 1976, fundamentalmente en los enfoques que se preguntan por la relación de las industrias culturales y el estatuto de la cultura popular ligada a la experiencia peronista. Reflexiona hoy Anibal Ford en torno a esos años: Nuestra preocupación era hacer una nueva lectura de la cultura del peronismo, refutar la metáfora del aluvión zoológico, y recuperar la cultura de la ciudad posinmigratoria tan criticada por los defensores de una Argentina metafísica e hispánica. En este camino comenzó una revisión de la cultura argentina que nos llevó a establecer una contradicción y diferenciación entre la industria cultural internacional-norteamericana y la industria cultural argentina donde sí habían participado hombres fuertemente críticos de la cultura dominante (Ford: treinta años después, FPyCS, UNLP).



Pero quiero señalar cómo es que en los últimos años pareciera que lo popular comprendido desde la subalternidad, marcado de manera siniestra por los procesos de exclusión, vuelve a emerger en las agendas. Que incluso es difícil pensarlo desde el “optimismo de la voluntad” siquiera (en ocasiones es la imagen del Marqués de Sade, en la película *Letras Prohibidas*, cuando escribe con mierda las paredes de su encierro burlando —¿burlando?— a sus carceleros lo que más se acerca a su descripción) pero que está porque no ha desaparecido la dominación y no ha desaparecido la subalternidad. Pero que a la vez necesita ser abordado de maneras complejas, más allá de las modas académicas (y claramente aquí me refiero a la incorporación acrítica de los llamados estudios poscoloniales y de la subalternidad). Que necesita ser pensado desde la capacidad del desvío pero también, desde los mecanismos de reproducción de aquello que los silencia y los oprime.

Volver sobre una agenda sintomáticamente rota, y volver a ella nuevos de memoria.

El agua sucia

Finalmente, de manera muy sintética, señalo dos cuestiones para cerrar este artículo. La primera, tiene que ver con la reconfiguración de la opción por los estudios socioculturales para pensar los procesos de comunicación en América Latina: por sus ricos recorridos, por la productividad de sus usos, por la complejidad y urgencia

política de los problemas abordados. Pero junto es esto, la segunda cuestión que quiero señalar, es la necesidad de una revisión epistemológica y profundamente política de estos mismos recorridos. Es necesario para no estar siempre empezando de nuevo, una y otra vez, perdiéndonos en los cantos de sirenas, permanecer “amarrados” al barco, como Ulises, pero escuchando, abriendo los ojos, para poder tomar decisiones sobre las consecuencias de los caminos elegidos pero también sobre sus oportunidades.

(...) el campo de la comunicación rápidamente van desapareciendo de la agenda las problemáticas de la subalternidad y la resistencia, o la posibilidad de la contrahegemonía.

En los últimos años, casi como una moda (las modas son sintomáticas, de ahí la necesidad de leerlas más allá de lo evidente) han aparecido revisiones críticas e incluso demoledoras algunas de ellas de los estudios culturales, más y menos serias (Reynoso, 2000; Follari, 2002; Gruner, 1998, 2005; Moraña, 2000). No voy a detenerme aquí en su análisis: señalaré sólo que esto habla de un movimiento de revisión que está sucediendo en la actualidad. Y apelaré por último a la reconfirmación de la necesidad de esta revisión pero señalando también la importancia de, como diría Guinzburg, no tirar el bebé con el agua sucia de la tina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FOLLARI, Roberto, *Teorías Débiles* (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales), Rosario: Homo Sapiens, 2002.
FORD, A; RIVERA, J.B.; ROMANO, E. *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires: Legasa, 1985.
GRÜNER, Eduardo, *Estudios culturales*. Reflexiones sobre el multiculturalismo, Buenos Aires: Paidós, 1998.
_____. *El fin de las pequeñas historias*. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico. Buenos Aires: Paidós, 2005.

MORAÑA, Mabel, *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, Santiago de Chile: Cuarto Propio-Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000.
MORLEY, David, *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
REYNOSO, Carlos, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Una visión antropológica. Buenos Aires: Gedisa, 2000.
SCHMUCLER, Héctor Un proyecto de comunicación/cultura. *Revisitas de Comunicación y Cultura*, México, 1984.

